

EL ENIGMA DE GUAYAQUIL: EL SECRETO DE LA ARGENTINA



Martín Kohan

También el silencio es un acto verbal, un agujero abierto en el lenguaje. Jean-Paul Sartre, El idiota de la familia

Lo real no debe estar determinado solamente en su objetividad histórica, sino también a partir del secreto que interrumpe la continuidad del tiempo histórico, a partir de intenciones interiores. Emmanuel Levinas, Totalidad e infinito

1

La creencia cierta en la preeminencia argentina sobre el resto de América Latina, afirmada a veces como una realidad evidente y ya consumada, y a veces como un destino más o menos diferido pero en todo caso ineluctable, forma parte de los fundamentos y los mitos de origen de la argentinidad. Entre las diversas escenas de fundación que disponen los relatos de la historia, las que sellan esa ambición de predominio son sobre todo las relacionadas con la gesta militar de José de San Martín. A través de esa gesta, como bien lo establece Bartolomé Mitre, las virtudes heroicas de los

grandes hombres argentinos exceden las fronteras nacionales (las de Manuel Belgrano, que queda más bien como un héroe de cabotaje¹) y alcanzan una dimensión verdaderamente continental. El cruce de la cordillera de los Andes, las victorias de Chacabuco y de Maipú, el asedio a Lima, la declaración de la independencia peruana, expresan la posibilidad argentina de *dar* la libertad, de concederla como quien concede un don. Es cierto que al llevar la libertad a los hermanos latinoamericanos se está definiendo un vínculo de fraternidad, pero no es menos cierto que ese vínculo de fraternidad no resulta del todo horizontal desde la perspectiva del relato nacional argentino; sino más bien, en todo caso, una relación entre un hermano mayor y sus hermanos menores, una relación que queda cabalmente definida en el título que San Martín detentara para su desempeño en el Perú: el de Protector.

Ahora bien: esta obsequiosa irradiación argentina encuentra por fin su límite, que es a un mismo tiempo un límite histórico, geográfico, político y militar (y es, también, un límite para la vanidad del imaginario argentino). Ese límite es Guayaquil. La entrevista de Guayaquil, mantenida por San Martín y por Simón Bolívar en julio de 1822, marca el punto final para las acciones del héroe argentino, además del punto en el que se debilita la eficacia simbólica de su figura (el poderoso título de “Protector”, en presencia de Bolívar, mengua en su valor: sólo indica que, en verdad, el título de “Liberador” le corresponde al otro). En Guayaquil se agota la certeza de que, en América Latina, no les tocaba —no podía tocarles— otra alternativa a los argentinos que la de imperar y prevalecer.

La entrevista de Guayaquil ingresa en la historia bajo una forma harto significativa: la del secreto. Los acontecimientos mismos, por supuesto, respaldan objetivamente esta definición, porque de hecho lo que sucedió es que Bolívar y San Martín por dos veces se reunieron, a solas las dos veces, las dos veces sin testigos; y que de los temas allí tratados nada se reveló por parte de ninguno de los dos próceres, entregados uno y otro a un similar sentido de la reserva y

¹ Es sabido que Mitre titula sus respectivos libros de consagración de próceres: Historia de Belgrano y de la independencia argentina e Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana.

de la discreción. La entrevista de Guayaquil se plantea así como un verdadero desafío hermenéutico (que Ricardo Rojas recogerá): a falta de revelaciones manifiestas o confiables, los textos más oblicuos, los gestos menos visibles y aun los silencios, ya que de silencios se trata, deben ser interpretados².

La entrevista de Guayaquil resulta, en este sentido, ni más ni menos que eso: una entrevista, algo que apenas se entrevé. Es en la historia argentina la escena del secreto por excelencia. En cierto modo eso la vuelve incómoda, si pensamos que —como plantea Daniel Balderston— “el silencio es intolerable en el núcleo de un acontecimiento histórico importante” (185). Pero al mismo tiempo, y en términos de una escena de fundación de identidades, el secreto de Guayaquil, y el conflicto que parece latir en su interior, no son incómodos ni intolerables, sino una instancia necesaria, considerando que tanto el secreto como el conflicto, lejos de ser una traba o una resistencia para la organización de una sociedad, son algunos de sus motores principales³. La entrevista de Guayaquil vendría a ser en-

² Claro que, tal como lo establece Raymundo Mier, “el silencio guarda una relación equívoca con la interpretación, la incita, la alimenta, la interroga, pero también la desalienta, la disipa (...). No hay interpretación del silencio, sino del cuerpo y del gesto silenciosos (...). No hay significado del silencio, su sentido es irrecuperable. Los rastros de sentido se rescatan de sus márgenes, de la memoria de los signos que antecedieron ese detenimiento abrupto o de los signos que lo rodean” (120). Esta condición del silencio es otro de los aspectos del dilema de Guayaquil.

³ Sigo en esto las ya clásicas consideraciones de Georg Simmel, en cuanto a que el secreto puede funcionar como positividad social, aun definiéndose, como se define, en términos de negatividad. Simmel advierte hasta qué punto estas formas negativas contribuyen decisivamente a la organización de la vida social, sin resultar, por su negatividad, meramente destructivas. Simmel percibe —y en esto es, evidentemente, un precursor de Michel Foucault— la dimensión de positividad que tiene lo negativo. A propósito del secreto, dice Simmel: “Toda relación entre dos personas o dos grupos se caracteriza por la presencia y por la cantidad de secreto que comporta (...). El desarrollo histórico de la sociedad se define por el siguiente principio: alguna cosa que en otro tiempo era manifiesta tiende a ser protegida por el secreto, y a la inversa, lo que en otro tiempo era secreto puede sobrepasar esa protección y se convierte en manifiesto” (*Secret* 40. La traducción es mía). Y a propósito del conflicto, establece que, lejos de ser un elemento que atente contra la organización social, se presenta como una de las formas más activas de socialización e integración (Ver *Conflict* 19, 24 y 27). Con Simmel puede pensarse entonces que el orden social se sostiene principalmente en el secreto y en el conflicto, antes que en la transparencia y el acuerdo, que son, evidentemente, categorí-

tonces el máximo punto de condensación de esos dos factores, el secreto y el conflicto, en la narración histórica del pasado nacional⁴.

Cada uno de los grandes narradores de la vida de José de San Martín resolvió a su manera el dilema del secreto de Guayaquil. Juan María Gutiérrez, el primero en publicar en Argentina una biografía integral del prócer en 1863, establece una correlación esencial en términos de simetría y equivalencia entre San Martín y Bolívar. Domingo Faustino Sarmiento, siempre en clave de autoexaltación, se atribuye a sí mismo el mérito del develamiento, ya que pretende que nadie más que él supo poner locuaz al por lo general parco Padre de la Patria, hasta hacerle confesar la verdad de lo ocurrido⁵. Bartolomé Mitre, por su parte, aplicado como se sabe a la comprobación documental y la indagación de archivos, no puede resolver el dilema sino por medio del hallazgo de nuevas pruebas documentales (la famosa "carta de Lafond"). El caso de Ricardo Rojas es relevante porque, amén de lo que dejaba dicho en *El santo de la espada* (de 1933), dedica más tarde un libro entero a la cuestión: en agosto de 1950, punto culminante del paroxismo de las conmemoraciones del centenario sanmartiniano impulsadas por el gobierno peronista, publica *La entrevista de Guayaquil*. Este libro puede ser leído como un verdadero

as habermasianas. Es notable que Habermas, en el postscriptum que redacta para la edición de un conjunto de ensayos de Simmel, omite toda esta dimensión del conflicto como una instancia fundacional para una sociedad.

⁴ En lo que hace específicamente al secreto, hay que agregar otro aspecto, igualmente considerado por Simmel, que es el de las sociedades secretas: ese orden de la inclusión y la exclusión que se rige por el secreto, fundando su propio régimen de jerarquías y su propio sentido de la "hermandad". Si damos por sentada la pertenencia de Bolívar y de San Martín a las logias masónicas, vemos que las capas de secreto que encubren a la entrevista de Guayaquil son por lo menos tres: lo que Bolívar y San Martín se retacearon entre sí; lo que dejaron de revelar a los contemporáneos y a la historia; lo que se mantuvo oculto en razón de las normas de la sociedad secreta que integraban.

⁵ Sarmiento visita a San Martín en su casa de Grand Bourg hacia 1846. En el discurso que pronuncia en mayo de 1880 para dar recepción a los restos repatriados del prócer, se refiere a aquel encuentro: "Sabéis, señores, que fui el primer confidente a quien comunicó San Martín, en 1846, lo ocurrido en la memorable entrevista de Guayaquil" (tomo XXII, 78). En otra parte, Sarmiento explica: "San Martín gustaba poco hablar de lo pasado, y los que deseaban oírlo necesitaban valerse de destreza para hacerlo entrar en materia. Un retrato de Bolívar que tenía en su habitación me sirvió a mí de pretexto para hacerlo explicarse sobre la entrevista de Guayaquil" (tomo XXI, 44).

tratado sobre los problemas de la interpretación y la sobreinterpretación: dónde y cómo la verdad se revela, dónde y cómo la verdad se pierde. Pero puede ser leído también como un esfuerzo sostenido para desalojar del hecho histórico todo lo que pueda haber en él de secreto o de conflicto. Rojas no admite tales factores negativos: el misterio de Guayaquil para él no existe, sencillamente no hay tal misterio; pudo haberlo en su momento, por razones de una estrategia política y militar que recomendaba el silencio, pero ya no lo hay en el presente⁶. Y sobre todo, no hay conflicto (buena parte de la obra de Rojas no es finalmente otra cosa que eso: una vasta empresa de disolución de conflictos, a favor de una integración completamente armónica⁷). Para Rojas, la entrevista de Guayaquil representa una forma de complementariedad, antes que de rivalidad, entre San Martín y Bolívar; y debe resolverse en términos de “concordia hispanoamericana” y “solidaridad continental” (335), antes que en términos de alguna clase de conflicto o de confrontación.

El conflicto y el secreto desaparecen así en la versión de Ricardo Rojas sobre la entrevista de Guayaquil, ya sea por reducción de lo secreto a un aspecto meramente formal⁸, ya sea por desactivación de

⁶ Dice Rojas: “Establezcamos ante todo que la Entrevista de Guayaquil, por circunstancias que luego explicaré, debió ser misteriosa para sus contemporáneos, pero hoy no lo es para nosotros, gracias a la versión escrita que de ella dejaron sus dos ilustres actores” (16). Simmel establece, en efecto, que la naturaleza de lo escrito es opuesta a la del secreto, porque implica siempre un potencial de publicidad (ver *Secret* 72).

⁷ Paradójicamente, los libros de Rojas no siempre pudieron escapar, ellos mismos, de las arideces de un conflicto. La entrevista de Guayaquil contiene, de hecho, una serie de réplicas y refutaciones en relación a las críticas recibidas por *El santo de la espada*.

⁸ Claro que, aun en este caso, se estaría pasando por alto que en el secreto debe reconocerse ante todo un aspecto que es eminentemente formal. Decir que algo es secreto en un sentido puramente formal o meramente formal, decir que lo es tan sólo en sus formas exteriores, de poco sirve si lo que se quiere es negar la existencia del secreto, ya que el secreto no se define de otra manera que por sus formas exteriores: funciona como secreto ante todo por disponerse de una determinada forma, y en esto es independiente de su contenido. Así entiende Simmel el “encanto” y el “valor” que puede haber en el secreto: “la singular seducción que puede ejercer un comportamiento formalmente misterioso, independientemente de todo contenido” (*Secret* 42. La traducción es mía). Y en este sentido habla Raymundo Mier de “cierta espectacularidad del ocultamiento”, porque incluso cuando el contenido del secreto deba ocultarse, la existencia misma del secreto puede mostrarse, y para mostrarse debe adoptar determinadas formas exterior-

todo núcleo de conflictividad⁹. Rojas no *resuelve* el misterio de Guayaquil, más bien lo *disuelve*; de la misma manera y con los mismos medios con que disuelve los conflictos que la entrevista contuvo (en el cara a cara de los próceres) o desencadenó (en las polémicas de los historiadores). Por ese motivo dice Rojas que habría preferido no hablar del “misterio de Guayaquil”, y ni siquiera de la “entrevista de Guayaquil”, y titular a su libro en cambio, más despojadamente, más lacónicamente, “Guayaquil”.

2

“Guayaquil” es, por cierto, el despojado y lacónico título de un cuento que Borges incluye en *El informe de Brodie* en 1970. Con Borges, la entrevista de Guayaquil ingresa en la literatura argentina (aunque siempre tuvo mucho de especulación imaginaria, mucho de conjetural; siempre fue algo así como un resto de ficcionalidad alojado en el interior del discurso de la historia). El tema del relato no es, como podía suponerse, el encuentro histórico entre los dos próceres en el siglo XIX; sino los avatares contemporáneos de las investigaciones de los historiadores procurando dilucidar el secreto de esa entrevista. Lo que se dirime en el cuento tiene que ver con las posibilidades de esa investigación, y tal vez por eso —porque en Borges los historiadores pasan a ser casi detectives— el término con que se designa a la entrevista, además de “misterio”, es “enigma”.

Sabemos que en Borges —basta pensar en “La muerte y la brújula”, basta pensar en “Emma Zunz”— el enigma impone sus formas a la investigación que lo toma por objeto (o por lo menos, pretende hacerlo). Borges devuelve Guayaquil al espacio del secreto y del conflicto: Borges revierte a Ricardo Rojas, acabando en unas pocas páginas con sus laboriosas recomposiciones históricas de más de quince años. El secreto y el conflicto signan la entrevista y se impo-

res. Puede producirse, incluso, la simulación de un secreto: pura mostración del ocultamiento, cuando en verdad nada se oculta: “exhibir —dice Mier— un ocultamiento de nada” (120).

⁹ Eric Hobsbawm observa, en este sentido, que la nación tiene el poder de hacer que los conflictos simbolizen su reconciliación en un plano más elevado y más abarcador.

nen igualmente a los historiadores del cuento (pero se imponen como formas, como formas solamente, desde el momento en que lo que interesa no es el contenido de las palabras que Bolívar y San Martín puedan haberse dicho, sino el puro enfrentamiento de sus dos voluntades¹⁰).

Borges recupera la instancia del conflicto y la multiplica en una red. Hay conflicto entre San Martín y Bolívar; y después, claro, entre sanmartinianos y bolivarianos. Pero también lo hay entre los historiadores o las universidades del Caribe, que pelean entre sí, o entre los historiadores y las universidades argentinas, que hacen lo propio. Lo que el cuento enfoca, de todas maneras, es la disputa entre dos argentinos, cada uno de los cuales quiere ser quien acceda a un nuevo documento que promete esclarecer el misterio histórico de la entrevista. Pelean por ese puesto, hasta que uno vence: se trata, es evidente, de una variante —esta vez en clave historiográfica— del tópico borgesiano del duelo¹¹.

Los que disputan, sin embargo, son dos argentinos, o en realidad, más concretamente, los representantes de dos formas muy distintas de la argentinidad. Por eso es incorrecto entender, como el propio Borges en cierto modo alentó a hacer, que el conflicto entre los dos historiadores es apenas una alegoría del conflicto entre los dos próceres¹². En “Guayaquil” el conflicto es otro: es un conflicto entre argentinos, o mejor, un conflicto entre dos modos de ser argentino. Uno de los personajes (el que narra) es descendiente de un guerrero de la independencia y “lleva la historia en la sangre” (1065); el otro

¹⁰ Remitiéndose a Schopenhauer, dice uno de los dos personajes del cuento: “Acaso las palabras que cambiaron fueron triviales. Dos hombres se enfrentaron en Guayaquil; si uno se impuso, fue por su mayor voluntad, no por juegos dialécticos” (1066).

¹¹ Por lo demás, de duelos de poetas, de reyes enfrentados en el tablero de ajedrez mientras sus ejércitos se enfrentan en las guerras, conversan los dos historiadores en un momento dado del relato. “El duelo” y “El otro duelo” son dos cuentos que integran el volumen donde apareció “Guayaquil”.

¹² Daniel Balderston cita (y objeta) la nota que Borges incluye en la traducción inglesa de *El informe de Brodie*, donde dice: “‘Guayaquil’ puede ser leído de dos maneras diferentes — como un símbolo del encuentro entre los dos famosos generales, o, si el lector se encuentra en disposición mágica, como la transformación de los dos historiadores en los dos generales difuntos” (citado por Balderston, 187).

(su rival) es un “historiógrafo extranjero” que se ha hecho ciudadano argentino, que “pronunciaba la ve como si fuera una efe” (1063) y no tiene otro lazo con la historia que el que le procuran los libros¹³.

Por supuesto, como era de prever, es el segundo el que prevalece. Al igual que en “La muerte y la brújula”, donde también compiten dos investigadores, se impone el que pertenece al mundo de los libros, y no el que pertenece al mundo de las huellas de lo real. Es Zimerman el que viajará, el emigrado, el que no pronuncia bien, el que no tiene otra relación con la historia argentina que la que le aportan los textos, y no el bisnieto del glorioso Suárez, el héroe de Junín. Es Zimerman el que vence, y lo hace gracias a —y no a pesar de— su relación mediada con la historia y con la identidad nacional. Sus argumentos, los argumentos con los que conseguirá imponerse, vuelven contra el rival los valores de la relación de sangre y la vinculación directa con la historia patria. Por una parte, Zimerman circunscribe las motivaciones del viaje a una dimensión específicamente textual (¿de qué otra cosa se trata, al fin de cuentas, sino de una presunta carta de Simón Bolívar?): “Usted lleva la historia en la sangre, según sus elocuentes palabras; a usted le basta oír con atención esa voz recóndita. Yo, en cambio, debo transferirme a Sulaco y descifrar papeles y papeles acaso apócrifos” (1065). Por otra parte, se impone con argumentos estrictamente nacionalistas: “la cacareada epístola nos revelará lo que podríamos llamar el sector Bolívar, no el sector San Martín (...). Permítame asimismo agregar que el nombre del divulgador de la carta quedará vinculado a la carta. A usted no le conviene, en modo alguno, semejante vinculación” (1065).

Si el secreto de Guayaquil constituye una de las escenas fundacionales de la identidad argentina, lo que hace Borges es vaciar de contenidos sustanciales tanto una cosa como la otra, o una cosa con la otra: el secreto y la identidad. Borges hace del secreto, pero también de lo argentino, una pura forma (la del antagonismo) sin una sustancia específica que pueda detenerse en una petición de principio o en una validación estable. Así, el que *es* argentino no puede imponerse al que se *hace* argentino, porque ya no hay ningún *ser* sino pu-

¹³ “Yo me nutro de textos y me trabuco —le dice al narrador—; en usted vive el interesante pasado” (1064).

ro *hacer*, o un puro *hacerse*. Dice Jorge Panesi en este sentido, en un artículo significativamente titulado “Borges nacionalista”: “‘Guayaquil’ es un duelo académico y nacional. ‘Vencen los inmigrantes, los inmigrantes vencen’ parece repetir y salmodiar este relato sobre el destino de un académico patricio que no supo engarzar su yo con el destino o la voluntad nacional” (150/1). Pero el que vence no es sólo un inmigrante, sino un inmigrante que se ha hecho ciudadano argentino, y en el hacerse encuentra las razones para vencer. Es decir que la confrontación no se da entre dos polos que, en un sentido pleno, sean lo mismo, pero tampoco entre dos polos que, en un sentido no menos pleno, sean lo mismo y su otro: ni plena identidad, ni plena oposición. Eso otro, ese otro, se instala en el interior de lo mismo¹⁴ y lo desequilibra, y al desequilibrarlo desestabiliza todo posible lugar de identidad. Por eso, en este duelo, no vence el que ha permanecido toda su vida en un mismo lugar, sino el que a la pregunta: “¿Usted es de Praga, doctor?”, es capaz de responder: “Yo era de Praga” (1066).

En esta confrontación no parece haber tampoco una interacción por la que, manteniendo cada uno de los términos su identidad consigo mismo, se modifique en su relación con el opuesto. Por eso no hay mezcla, ni integración, ni síntesis superadora¹⁵. La confrontación se plantea y se resuelve de manera tal que cada polo se ve despojado, ya desde un primer momento, ya desde un principio, de la posibilidad de afirmarse en la identidad consigo mismo¹⁶.

¹⁴ Tal vez porque sólo desde la mirada exterior de un “extranjero” América Latina podría ser vista como un todo, “Guayaquil” multiplica las citas de *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad (para el señalamiento de estas citas, ver Balderston 187 y 203).

¹⁵ La mezcla y la integración corresponderían, en realidad, a la concepción de la identidad nacional que Rojas podía sostener en el Centenario, respecto de los inmigrantes. Por otra parte, Borges mismo puede ser pensado como un lugar de síntesis entre esas dos vertientes, la de la tradición argentina y la de la asimilación europea, si se piensa en “los dos linajes” propuestos por Ricardo Piglia. Pero ni la mezcla, ni la integración ni la síntesis resuelven la confrontación planteada en “Guayaquil”.

¹⁶ Es la misma distancia que va de un enfoque como el que Edward Said aplica al imperialismo, que se basa en las nociones de interacción, interdependencia, simbiosis o hibridez, con las que se somete a las identidades a un proceso de mutua transformación; y el que Homi Bhabha aplica a la cuestión postcolonial, principalmente con la

El conflicto y la conciliación entre lo argentino y lo latinoamericano, cuya cifra es Guayaquil, podía eventualmente resolverse en una dialéctica de la identidad. La oposición que plantea Borges es de otra índole: siendo sus polos iguales, pero *a la vez* diferentes, siendo *a la vez* homogéneos y heterogéneos, siendo *a la vez* lo uno y lo otro, lo que es y su contrario, se resisten a la dialéctica, a la síntesis, a la identidad misma. Borges vacía así el secreto de Guayaquil, donde lo argentino se definía. Y en el lugar vacío de ese secreto, pone a lo argentino, vuelto un enigma cuya resolución ya no importa.

Martín Kohan
Universidad de Buenos Aires

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Balderston, Daniel. *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1996.
- Bhabha, Homi. *The location of culture*. London / New York: Routledge, 1994.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974.
- Habermas, Jürgen. "Georg Simmel on Philosophy and Culture: Postscript to a Collection of Essays". *Critical Inquiry*, Vol. 22, Nr. 3, Spring 1996, The University of Chicago Press.
- Hobsbawm, Eric. *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Mier, Raymundo. "El secreto como lucidez". *Confines*, Año 2, N° 3, septiembre de 1996.
- Panesi, Jorge. *Críticas*. Buenos Aires: Norma, 2000.
- Piglia, Ricardo. "Ideología y ficción en Borges", en VV.AA., *Borges y la crítica*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1981.
- Rojas, Ricardo. *La entrevista de Guayaquil*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1950.
- Said, Edward S. *Culture and Imperialism*. New York: Alfred A. Knopf, 1993.
- Sarmiento, Domingo F. *Obras*. París/Buenos Aires: Belin Hnos. Editores/ Librería La Facultad, 1909 / 1913.
- Simmel, Georg. *Le Conflict*. Paris: Circé, 1995.
- Simmel, Georg. *Secret et sociétés secrètes*. Paris: Circé, 1996.

idea de ambivalencia, que apunta a una puesta en cuestión del propio principio de identidad en cada uno de los polos enfrentados.